

## OPINIÓN

Joaquín Estefanía



## Quién es Owen Jones

DENTRO DE DOS semanas y media, el 7 de mayo, tendrán lugar las elecciones generales en Reino Unido. Aunque científicamente no valgan las analogías apresuradas, no cabe duda de que presentan ciertas similitudes con la situación española: los demócratas no se atreven a vaticinar con rotundidad quién las va a ganar; parece claro que se va a pasar de un sistema bipartidista que después de la II Guerra Mundial era casi puro (laboristas y conservadores llegaron a tener el 97% de los votos a principios de la década de los cincuenta) a otro con cinco o seis partidos presentes en el Parlamento; buena parte de la campaña electoral se centra en la gestión de la crisis y en el reparto de la recuperación; ¿va a llegar a todos los ciudadanos o se van a aprovechar de ella sólo los instalados?

Hay otro punto de cercanía entre Reino Unido y España. En ambos sitios ha prendido una nueva dialéctica, distinta de la que diferenciaba ideológicamente al sistema entre la izquierda y la derecha. Es la que separa el arriba y el abajo, la casta y el pueblo, el *establishment* y el resto de los ciudadanos, la élite del común de los mortales. Izquierda y derecha, y arriba y abajo son vectores que no siempre tiran en la

### La dialéctica entre los de arriba y abajo disputa la primacía ideológica a la de derechas e izquierdas

misma dirección, lo que multiplica la incertidumbre que ahora existe.

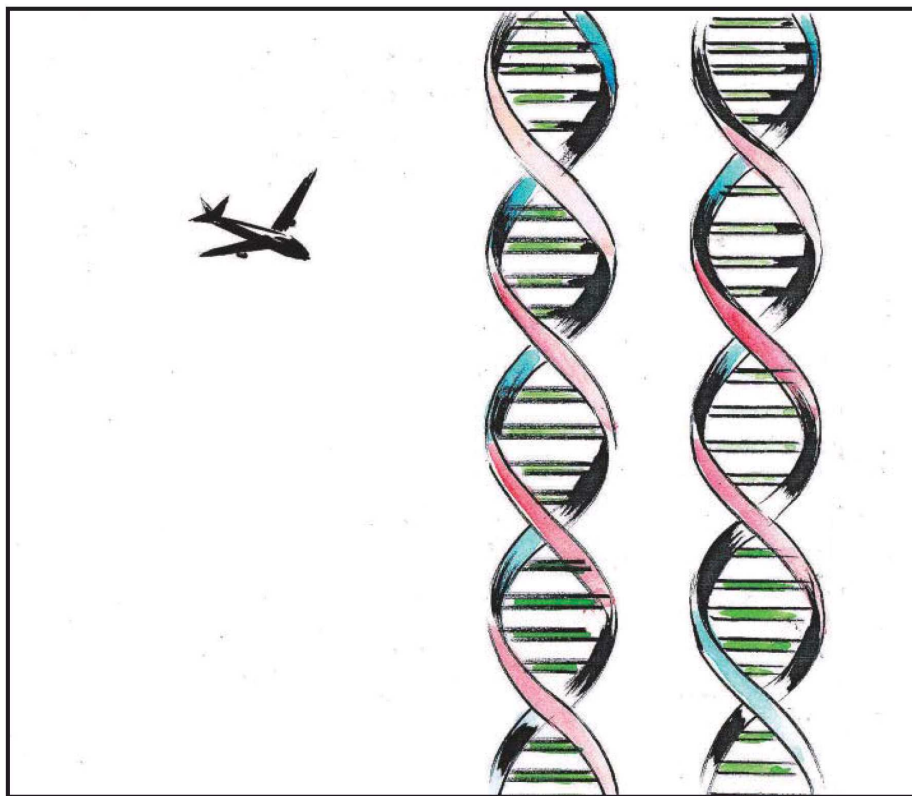
Owen Jones es un joven analista político que ha estudiado esta confrontación creciente. Su ensayo *El Establishment* (que en España acaba de publicar Seix Barral) se ha convertido en un fenómeno de ventas en lengua inglesa. Owen es uno de los analistas políticos de moda y pertenece al territorio de la izquierda política. Define a ese *establishment* como un grupo (políticos, empresarios, financieros, propietarios de medios de comunicación...) unido por un objetivo común: mantener el sistema actual. Su libro es un viaje al corazón de las élites extractivas. El *establishment* necesita proteger su posición en una democracia en la que tiene derecho a votar toda la población adulta, y representa el intento de "gestionar" esa democracia de modo que no amenace sus intereses particulares. Es una especie de cortafuego del resto de la población.

Hace casi un lustro, Owen publicó una especie de prehistoria de esta lucha de clases entre los de arriba y abajo. Su libro *Chavs. La demonización de la clase obrera* (Capitán Swing) también tuvo un gran impacto: la desigualdad creciente y la arrogancia degeneran en una especie de odio de clase que no pronostica nada bueno. En el centro del fenómeno *chav* (término peyorativo para referirse a la subcultura de la clase trabajadora inglesa) hay un intento de ocultar la realidad de una buena parte de la clase trabajadora —los de abajo— que se ha quedado atrás, de la que se dice que no trabaja y vive del Estado de bienestar, y que se distingue de las clases medias.

La cuestión es si se puede hacer una traslación de esta realidad al resto de los países europeos, entre ellos al nuestro. Casi seguro que aquellas elecciones tendrán lectura interna inmediata en España. •

CAJERO AUTOMÁTICO por El Roto

## Las otras torres



## LA PUNTA DE LA LENGUA

## “La todavía presidenta de UPyD”

Álex Grijelmo



ALGUNAS PALABRAS FIGURAN a veces en las noticias sin ser necesarias para la comprensión del mensaje. No alteran los hechos que se narran, y por tanto no añaden información. Hablamos de términos como “actual” o “todavía”, entre otros equivalentes.

El periodista norteamericano-español William Lyon usaba como efecto retórico en sus artículos de EL PAÍS Madrid, en los años noventa, la locución “mi actual esposa”. De tal modo, su “actual esposa” opinaba sobre un asunto u otro según conviniera al relato. Pero a esa enunciación de los hechos le habría bastado con que Lyon hablara de su “esposa”, y ya habríamos entendido que se trataba de la “actual”. Tanto “mi esposa” como “mi actual esposa” nos informan sobre la misma persona.

Sin embargo, el adjetivo inútil se transformaba en relevante por el solo hecho de figurar en el texto, y contribuía a enriquecer el estilo socarrón del articulista: si tenía una esposa actual (que por otro lado nadie conocíamos), se deducía que alguna hubo antes y, ay, que alguna vendría después.

La rama de la lingüística conocida como “pragmática”, que estudia los sentidos que expresamos más allá del significado exacto de cada vocablo, nos ha ilustrado sobre la “máxima de relevancia” (Herbert Paul Grice, 1913-1988). Cada palabra que decimos es percibida como relevante: si está ahí es por algo. Por eso no tiene senti-

do decir “cadáver muerto”, porque el adjetivo no añade información. (Ahora bien, esa locución sí sería relevante en un relato sobre muertos vivientes donde hiciera falta distinguirlos de los muertos bien muertos).

El *Telediario* de las 15.00 en La 1 nos ofreció el 8 de abril (minuto 02.01) un ejemplo interesante a este respecto. Señaló la presentadora refiriéndose a Rosa Díez: “La todavía líder de UPyD ha tomado el control de la formación en Asturias, Andalucía y Castilla y León”. Y así, la palabra “todavía” se coló en una noticia donde resultaba prescindible, como en otro tiempo la “actual

Es verdad que en el horizonte de Rosa Díez se avista un congreso decisivo; pero también se avizoran elecciones municipales, y autonómicas, y catalanas, y generales. La provisionalidad alcanza hoy a casi todos, y los sondeos vienen dando motivos para que nadie se sienta reelegido de antemano. Entonces, ¿por qué se usó “todavía” en ese caso y no en los demás que desfilaron por el mismo informativo?, ¿por qué se convirtió en relevante ese vocablo? ¿Y además, ¿qué significa realmente “todavía”?

El filósofo francés Emmanuel Levinas (*Parole et silence*, Grasset, París, 2009, pág. 70) escribió que los contextos habituales en que se utiliza una palabra resuenan en ella y así influyen en nuestra percepción de lo que expresa. Porque tal reiteración acaba impregnándolas. Así nos ocurre hoy por ejemplo con “involucrado”. Si oímos de alguien que “está involucrado en la venta de un piso”, lo convertimos en sospechoso a pesar de que ese vocablo no implica ilegalidad alguna: envuelto, abarcado, incluido.

Del mismo modo, el *Diccionario* dice en la entrada “todavía”: “Hasta un momento determinado desde tiempo anterior”. Nada inquietante, tampoco. Pero los contextos habituales de ese adverbio nos sugieren que algo se encamina a su término (“todavía estoy despierto”, “todavía no he llegado”), y por eso lo que nos estaba diciendo la noticia es que Rosa Díez —y sólo Rosa Díez— tiene las horas contadas.

Esposa”. “La presidenta” y “la todavía presidenta” son también la misma persona.

Ahora bien, la expresión no contenía ninguna mentira: ni una sola palabra falsa. ¿La podemos criticar entonces?

Quizás sí. Porque del mismo modo y con las mismas premisas se podría hablar en cada *Telediario* de “el todavía presidente del Gobierno, Mariano Rajoy”, o de “el todavía presidente de la Generalitat, Artur Mas”. Y así sucesivamente. Incluso “el todavía conserje”, porque algún día se jubilará.

Los *Telediarios* suelen ser juzgados en función de los minutos que conceden a cada político. Una medición interesante, desde luego. Pero aún no hemos ideado el sistema que analice el segundo escaso que dura una palabra como “todavía”. •